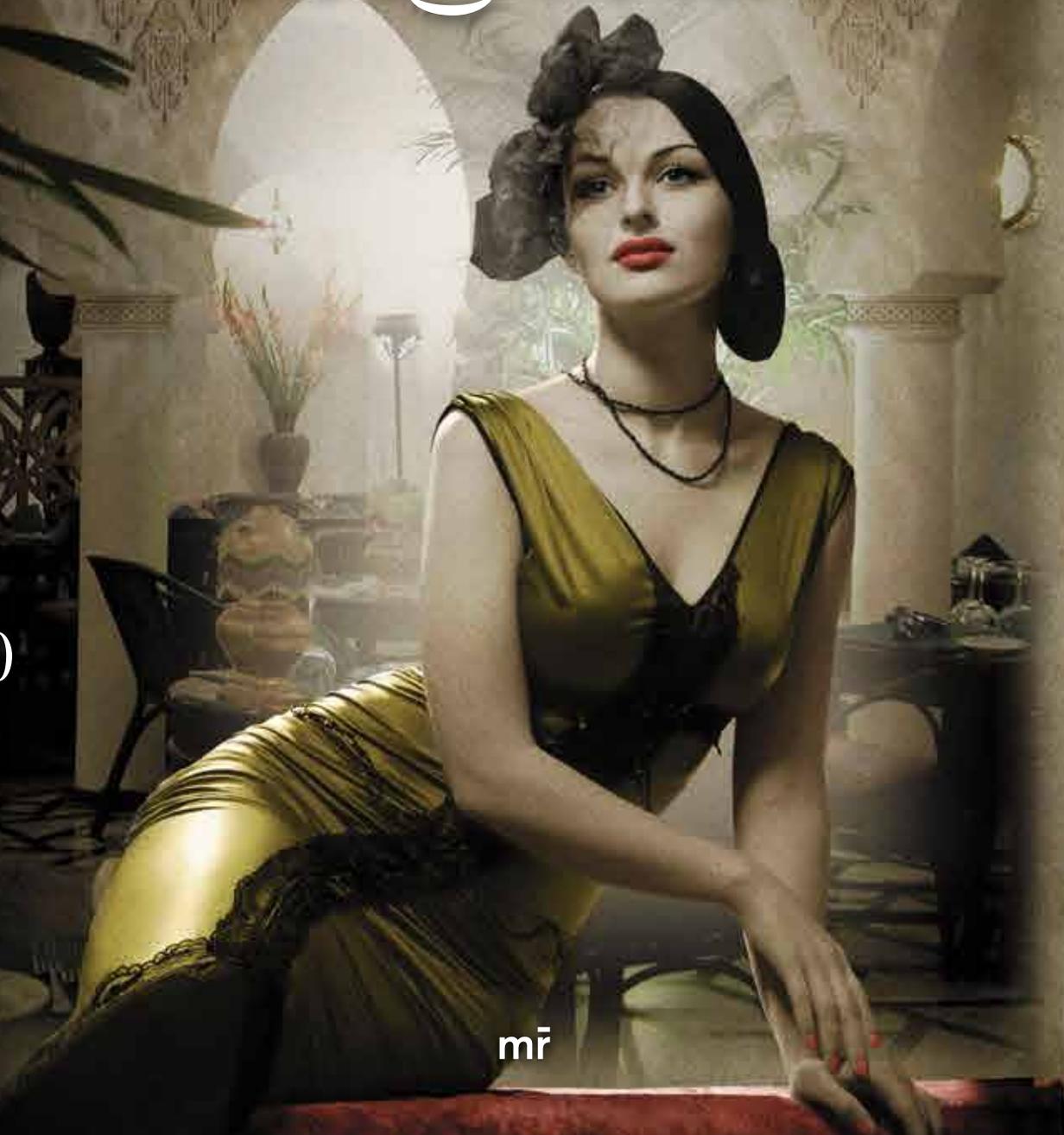


JAVIER VALENZUELA

Tangerina



m̄

24

Nunca antes había visto un cadáver. Quiero decir un cadáver recién muerto, allí donde ha caído, sin que el personal de una funeraria lo haya retirado y adecentado.

A punto de cumplir los veinte años, vi a mi madre en su ataúd, fallecida el día anterior en un accidente de tráfico, pero su mortaja sólo dejaba al descubierto una cara muy maquillada. Dos décadas y pico después, mi padre, abatido por un cáncer de pulmón, se veía muy digno en el féretro con un traje de chaqueta con corbata. En ninguno de los dos casos pasé de darles un vistazo fugaz en el tanatorio, y, aun así, me resultó muy doloroso en el primero y muy triste en el segundo.

Ahora Alicia y yo teníamos a un metro de distancia el cuerpo de una persona tal y como había dejado de respirar. Estaba en el recibidor de un apartamento situado en la tercera planta de un inmueble de la rue Rabelais, no lejos de la plaza de las Naciones.

Con los brazos y las piernas desmadejados, el cadáver era como una gran marioneta dejada caer de cualquier modo sobre una alfombra moruna. La alfombra estaba empapada de la sangre que le había brotado del cuello.

Era un varón de más de cuarenta años de edad que todavía conservaba todo su cabello, aunque algunas hebras blancas le platearan las sienas. Vestía una chilaba blanca que también estaba muy manchada por una pasta rojiza. Iba descalzo.

Olía a hierro oxidado. Me pregunté si ése sería el perfume de la sangre cuajada. No recordaba haber leído nada al respecto.

—No den un paso más —exclamó el policía de paisano que nos había recibido en el portal. Hablaba en francés, se había presentado como el comisario Buali y nos había advertido de que no

tocáramos nada ni hiciéramos otros movimientos que los que él nos indicara—. ¿Pueden identificarlo?

Miré a Alicia. Era la persona a la que los dos agentes uniformados habían buscado en el Cervantes para que les acompañara a identificar oficialmente el cadáver recién descubierto. Yo me había limitado a sugerir que podía escoltarla en tan agrio trance y ella había aceptado la idea. Los agentes no habían puesto obstáculos a mi galantería.

—Sí, es el profesor Pablo Moreno —dijo Alicia con su aguardentosa voz casi inaudible.

—¿Saben ustedes si tiene familiares en Tánger con los que debemos contactar?

—No, que yo sepa —contestó mi jefa. Yo la miraba a ella y ella miraba al comisario; los dos evitábamos contemplar de nuevo el cadáver—. Era soltero y creo que vivía solo.

El comisario Buali tenía en las manos un pasaporte español. Lo hojeó en búsqueda de sellos de entrada y salida en Marruecos y, al cabo, preguntó manteniéndolo abierto en una página con el dedo índice de su mano derecha:

—¿Desde cuándo trabajaba monsieur Moreno en el Instituto Cervantes?

—Desde hace un par de cursos —respondió Alicia—. Se incorporó en septiembre del año 2000. Venía de nuestro centro en Túnez.

Buali se dirigió a mí.

—¿Era usted amigo del difunto?

—No, sólo compañero de trabajo. Nos saludábamos al cruzarnos por los pasillos del instituto y una vez comimos juntos en casa de la directora. Nada más.

El comisario asintió con un cabeceo. Había cumplido ya medio siglo de vida: su cabello era níveo, profundas arrugas le surcaban la frente y acentuaban el entrecejo, sus ojos parecían fatigados tras unas gafas de miope. Un bigotito canoso techaba unos labios gruesos y morados.

—Ya veo —dijo taciturno—. ¿Alguno de ustedes dos puede decirme algo de su vida fuera del trabajo? ¿Amigos, relaciones, gustos, otras actividades? Cualquier cosa que pueda explicar esto. —Con la mano que guardaba el pasaporte señaló el cadáver. Alicia y yo no seguimos aquel gesto con nuestras miradas.

—Ahora no me viene a la cabeza nada que pueda resultarle útil —respondió Alicia—. No tenía mucho trato con el profesor

Moreno. En fin, puedo decirle que estaba bien preparado y era cumplidor en su trabajo. Por lo demás, era más bien discreto. No sé nada de su vida privada.

—¿Podiera darse el caso de que fuera homosexual?

Alicia se volvió hacia mí y yo me encogí de hombros indicando que no tenía la menor idea.

—No lo sé, francamente no lo sé —contestó mi jefa—. ¿Por qué lo pregunta?

Buali se pellizcó el bigotito canoso con el pulgar y el índice de la mano izquierda.

—La he llamado, señora directora, sólo para el trámite oficial de la identificación del cadáver. Pero imagino que tanto usted como su acompañante sabrán guardar para sí lo que pueda contarles. Les adelanto que estamos en el minuto cero de la investigación: todo es posible y nada es descartable. —Se giró hacia la puerta del apartamento, donde aguardaban dos hombres con batas blancas, guantes de látex y maletines—. Pero mejor sigamos esta conversación fuera. Mis técnicos tienen que hacer su trabajo.

Me sentí aliviado. Aquellos minutos en el recibidor se me habían hecho eternos. Estar de pie sin hacer el menor movimiento, obligarse a concentrar la mirada en los rostros de Alicia y el comisario, combatir su tendencia a desviarse hacia el monigote degollado que teníamos a nuestros pies me había agotado.

Pasamos al rellano y los tipos de las batas blancas entraron en el apartamento. Bajamos por las escaleras hasta el vestíbulo del edificio, donde dos uniformados interrogaban a unos vecinos. A éstos se les veía muy excitados. Salimos a la calle.

Frente al portal había aparcados en batería tres vehículos policiales con las luces giratorias encendidas y las sirenas en silencio. Tenían las carrocerías pintadas de blanco, con la leyenda «Sûreté Nationale» en francés y su equivalente en árabe escritas en rojo en los costados. Otros tres o cuatro agentes contenían a los curiosos que comenzaban a apelotonarse.

Saqué el paquete de Marlboro. Se lo ofrecí a Alicia, que extrajo un cigarrillo sin decir palabra, y al comisario Buali, que lo rechazó con la palma de la mano derecha. Ya no esgrimía el pasaporte del difunto, debía de habérselo guardado en algún bolsillo. Tomé un cigarrillo y con un mechero de plástico encendí el de Alicia y el mío.

Alicia rompió el silencio. Volvía a ser dueña de sí misma.

—¿Qué nos iba a contar, comisario?

—Les iba a contar lo poco que sabemos en este momento. Hace un par de horas, la señora de la limpieza que se ocupa del apartamento de monsieur Moreno encontró su cadáver ahí donde lo han visto ustedes, en el recibidor. Salió dando alaridos. Un vecino nos avisó y cuando llegamos comprobamos que la puerta no parecía forzada; la señora de la limpieza dice que la encontró entreabierta. Por la situación del cadáver y la ausencia de rastros de lucha, nuestra primera deducción es que la víctima abrió la puerta a su agresor y fue sorprendido por éste. En un par de movimientos, el agresor lo inmovilizó y lo degolló. Debió de ser muy rápido.

—¿Ningún vecino oyó nada?

—No. Por el rigor mortis calculamos que monsieur Moreno fue asesinado hacia las diez de la noche de ayer. A esa hora aún hay mucha gente viendo la televisión y muchos críos sin acostar. Nadie reparó en los ruidos que pudieron producirse en el apartamento.

—Antes nos ha preguntado usted si el profesor Moreno era homosexual y le hemos respondido que a nosotros no nos consta —dijo Alicia—. ¿Puedo saber a qué ha venido esa pregunta?

El comisario suspiró como si deseara una pronta jubilación.

—No les descubro nada si les digo que muchos de los diplomáticos, periodistas, cooperantes y profesores europeos que vienen a Marruecos son homosexuales. —Alicia y yo confirmamos con muecas que lo sabíamos—. A lo largo de mi carrera ya he visto dos o tres casos en que alguno de ellos moría a manos de un amante local. Por cuestiones de celos, por asuntos de dinero, por lo que sea. El uso del cuchillo es un modus operandi habitual en tales casos. Otro es el estrangulamiento.

Alicia y yo fumamos en silencio asimilando aquella información.

—También podría tratarse de un robo —propuse finalmente.

—Podría ser, monsieur Sepúlveda —aceptó el comisario—. Pero no hemos visto señales de robo en una primera inspección ocular. No hay cajones o armarios abiertos, no hay objetos por el suelo y hemos localizado sin problemas la cartera y los documentos de identidad del difunto. En la cartera y en un cajón guardaba algo de dinero. El agresor no se lo llevó.

Ahora fue Alicia la que suspiró hondo.

Un Peugeot de alta gama y color azul marino se detuvo junto a los coches de la Policía. Uno de los agentes uniformados se dirigió hacia el vehículo braceando como si espantara una nube de

mosquitos. Se detuvo al descubrir que su matrícula era del cuerpo diplomático, concretamente del consulado de España.

Del lado del conductor del Peugeot emergió un hombre bajito y de cabello canoso cortado al cepillo que iba enfundado en un traje de color gris perla brillante. Cerró la puerta con un empujón enérgico y se dirigió con aplomo hacia el trío que formábamos el comisario Buali, Alicia y yo.

—Hola, Alicia —saludó al llegar a nuestra altura.

—Hola, Arsenio —respondió mi jefa.

—Arsenio Noguera, jefe de seguridad del consulado de España —se presentó en castellano el recién llegado. Extendió la mano derecha hacia el comisario Buali con la soltura de quien quiere cerrar un buen negocio—. Nos han telefoneado desde la jefatura de Policía para notificarnos que un ciudadano español podría haber sido asesinado en esta dirección.

Buali estrechó la mano de Arsenio Noguera.

—Hemos sido nosotros —contestó en francés—. Soy el comisario Buali, de la brigada criminal. Estos señores ya han identificado al difunto como Pablo Moreno, profesor del Instituto Cervantes de Tánger desde septiembre de 2000.

—*Quelle sale affaire, monsieur le commissaire!* —exclamó el funcionario español usando la lengua empleada por el marroquí. Luego volvió al castellano al mirarme. Sus ojos eran grises—. El profesor Sepúlveda, supongo.

—Supone bien. He venido para acompañar a Alicia en la identificación del cadáver. —Era la primera vez que veía a aquel individuo y me pregunté cómo podía saber quién era yo. Despejó pronto la incógnita.

—He telefoneado a la secretaria de Alicia antes de salir para acá: me ha dicho que la escoltabas. Pero ya había oído hablar de ti. Tenemos un amigo común que ahora reside en el consulado.

Le respondí con una silenciosa mueca de asentimiento.

Alicia quiso regresar de inmediato al Cervantes. Alumnos y empleados estarían inquietos por la aparición de los agentes y nuestra consiguiente salida en estampida.

—No digas nada a nadie cuando lleguemos —ordenó en cuanto nos hubimos encajado en la parte trasera de un *petit taxi*—. Deja que yo informe a todo el mundo.

—Así lo haré, jefa. —Guardamos silencio un rato y luego pregunté—: ¿Quién es ese tal Arsenio? Está claro que os conocíais.

—Yo conozco a casi toda la colonia española, Sepúlveda. No es tan difícil. En la época de nuestros padres había aquí más de treinta mil compatriotas, quizá unos cuarenta mil, pero ahora apenas somos dos mil. A Arsenio lo he visto en muchos actos oficiales. Manda un montón. No estoy segura de si es la mano derecha del cónsul o su jefe.

—¿Qué es? ¿Policía? ¿Guardia civil?

El conductor del *petit taxi* parecía concentrado en sortear los obstáculos que surgían inesperadamente de todos lados: coches, motos, autobuses, camiones, furgonetas, bicicletas, peatones, motocarros, burros, gatos... Alicia, no obstante, inclinó su cabeza sobre la mía y me susurró al oído:

—No. Es militar. Comandante del Ejército de Tierra y jefe en el norte de Marruecos de nuestro servicio de inteligencia.

—¿Del CESID?

—Tú lo has dicho.

Acto seguido se calló, acaso meditando en cómo dar la noticia del asesinato de Pablo Moreno sin provocar excesivo alboroto en nuestro instituto. Yo cavilé a mi vez sobre las palabras que me había dirigido Arsenio Noguera. Encontré normal que conociera a Alberto Marquina, refugiado en el consulado desde su salida de la cárcel, y también supuse que lo sabría todo sobre sus problemas con las autoridades marroquíes. Al fin y al cabo, eso formaba parte de su trabajo de... ¿cómo lo había llamado?... ¿jefe de seguridad? Sí, así lo había dicho: jefe de seguridad del consulado de España. Tampoco era de extrañar que el cónsul y Alberto le hubieran hablado de mí.

Di un carpetazo mental al asunto y pasé a preguntarme por el desdichado Pablo Moreno. Estábamos a un par de minutos del Cervantes cuando interrumpí una vez más los pensamientos de mi jefa.

—Perdona —dije, tocándole el hombro. Me miró con benevolencia, autorizándome a seguir—. ¿Qué te parece eso de la posible homosexualidad de Pablo?

—Me lo imaginaba, y si tú lo hubieras conocido un poquito más, también habrías podido imaginártelo. Se le veía... No sé cómo decirlo para que sea políticamente correcto... Digamos que se le veía particularmente sensible. Por eso lo invité al almuerzo con Goytisolo. Me había contado que lo admiraba mucho. Y no sólo como escritor, sino como persona valiente, que va de frente, sin emboscarse.

—Entiendo. Pero tú no le conocías ninguna relación, ningún novio, ningún amigo en concreto.

—No, ninguno. Jamás lo vi intimar con nadie en el Cervantes. No era como tú, Sepúlveda. Tú eres un descarado.

La campana me salvó de una bronca: el *petit taxi* alcanzó en ese momento la entrada del instituto.

“En Tánger las mujeres son tornadizas como el tiempo a finales de septiembre. Casi siempre cálidas y soleadas, repentinamente frías, tormentosas de vez en cuando”.

Sepúlveda, un profesor maduro y desencantado del Instituto Cervantes de Tánger que mantiene una relación clandestina con una de sus alumnas, se ve envuelto en una peligrosa investigación sobre los manejos de empresarios y políticos españoles en Marruecos.

Esta historia discurre en paralelo a la evocación de los primeros años de matrimonio de los padres del protagonista, un periodista atormentado y una mujer bellísima, que transcurrieron precisamente en el Tánger de los años cincuenta, donde se daban cita el cosmopolitismo y la vida bohemia que hicieron de la ciudad una de las capitales del pecado y el glamour.

